

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

LA IGLESIA Y LA ORDEN DE PREDICADORES

VASTO campo ofrecen á nuestra consideración las relaciones entre la Orden Dominicana y la Iglesia Católica. En la imposibilidad de presentarlas con la extensión que se merecen, es forzoso hacer de ellas, más bien que un desarrollo, un pequeño resumen.

Había Santo Domingo vislumbrado ya la conveniencia y oportunidad de una Orden religiosa que sirviera á la Iglesia de baluarte contra la herejía, cuando vió confirmado su parecer por una visión que tuvo en el campo mismo que había escogido para teatro de su apostolado. Vió, en efecto, al Señor que, indignado con los hombres, pretendía descargar sus iras sobre el mundo, y hacer que desapareciera de la faz de la tierra la humanidad, manchada con tantos crímenes. La Santísima Virgen, postrada á los pies de su Divino Hijo, pedía entonces misericordia para los pecadores. Continuando el Señor en actitud amenazadora, la Virgen le habló en estos términos: "Esperad, Señor. algún tiempo. Yo tengo dos siervos míos muy amados, Los enviaré á predicar vuestro nombre, y ellos harán volver de nuevo los hombres á Vos.". Fijó entonces sus ojos el Patriarca de Caleruega en el cuadro que el Cielo le ponía delante, y vió luego que la Virgen presentaba dos hombres al Señor. En uno de ellos se reconoció á sí mismo, y en el otro al Patriarca de sus hermanos los Frailes Menores. Así descubrió nuestro Santo cuán admirable influencia moral era llamado á ejercer por la Providencia sobre el pueblo cristiano.

Esta gloria de Santo Domingo y de su Orden apa-

rece aún más de relieve en la aprobación de la Orden de Predicadores. Corría el año 1215, cuando Santo Domingo cruzaba á pie las provincias de Francia é Italia para pedir al Soberano Pontífice la aprobación de su Orden. Como estaba próxima la celebración del IV Concilio de Letrán, en el cual pensaba el Papa proponer á los Padres restituir á su primitivo estado de fervor las Ordenes monásticas, Inocencio III no creía por entonces conveniente autorizar la fundación de nuevas Ordenes religiosas. Mas luego mudó de parecer, porque, viendo en sueños que la iglesia de San Juan de Letrán iba á desplomarse, divisó un hombre misterioso que, arrimando sus hombros, sostenía la Basílica. Habiendo ido al día siguiente Santo Domingo á pedir al Papa la aprobación de su Orden, reconoció en él al que sostenía la iglesia de Letrán, bajo cuyo símbolo se le representaba la Iglesia Católica. Accedió, pues, gustoso el Pontífice á los deseos del Santo Fundador español, cuyo auxilio espiritual preveía tan útil al pueblo cristiano. Y no fueron vanas sus esperanzas. Porque no había transcurrido medio siglo aún, cuando la Orden Dominicana, contando más de veinte mil fervientes hijos, se había extendido rápidamente por toda Europa para predicar el Evangelio, y, no contentándose con la instrucción del pueblo cristiano europeo, pasaron al Asia y al Africa, y predicaban en todas partes la doctrina de la Cruz. Así vemos en una bula de Inocencio IV saludar por los años de 1253 á la Orden de Santo Domingo en estos términos: *Inocencio, Obispo, Siervo de los Siervos de Dios, á mis muy amados hijos los Frailes Predicadores que evangelizan á los sarracenos, paganos, griegos, búlgaros, cumanos, etiopes, sirios, iberos, alanos, gázaros, godos, cicocos, rutenos, jacobitas, nubios, georgianos, armenios, indios, mosilitos, tártaros, húngaros y demás infieles...*

Más tarde aparece en la Historia esta misma Orden defendiendo los derechos del pueblo ante los emperadores y reyes más poderosos de Europa. Aunque en esta parte pudieran citarse muchísimos ejemplos, sólo describiré dos á la ligera: el primero del siglo XIII; el segundo del XVI.

Varios años habían transcurrido desde la coronación de Federico II de Alemania cuando dejó sentir sobre su pueblo el peso enorme de su ambición y avaricia. Pasaba á la sazón por la corte del Emperador de Alemania el B. Jordán de Sajonia, segundo Maestro General de la Orden de Santo Domingo. Federico II quiso hablar con él, porque gozaba de gran fama, como santo, en la república cristiana. Habiéndose avistado ambos, y después de tratar diversos asuntos, dijo el B. Jordán al Emperador: "Maravíllame, Señor, que, habiendo yo recorrido vuestros estados predicando, no me preguntéis cosa alguna sobre lo que de Vos juzga el pueblo,,.—A esto respondió Federico: "No necesito saber de vos lo que de mí piensan mis vasallos, pues tengo encargadas muchas otras personas que por oficio me enteren de ello,,.—Replicó entonces nuestro Santo: "Debíais tener, Señor, en cuenta que esa gente, pagada por Vos mismo, más que á enteraros de la verdad, tiende naturalmente á agradaros, por lo cual no suele ser fiel á la verdad. Por tanto, habéis de saber que se dice públicamente en todas partes que agraviáis las Iglesias, usurpando su jurisdicción y renta libremente por vuestra voluntad, y que tenéis en poco las censuras y excomuniones, y que os gobernáis por nigrománticos y agoreros, y que favorecéis mucho á los judíos y moros que están en vuestra tierra, siendo públicos enemigos de Jesucristo Nuestro Señor, y que no tomáis parecer con ningún buen consejero, ni le escucháis, y que no honráis al Papa, siendo como es sucesor de San Pedro y padre de todos los cristianos. Estas y otras cosas, indignas de la calidad y grandeza de vuestra persona, se platican por ese mundo con mucha ofensa vuestra,,. Y por este término entró con el Emperador en muchas otras honduras, de que le advirtió y corrigió muy cortésmente y con la modestia que convenía á un cristiano predicador.

Tres siglos más tarde, cuando en algún modo los reinos de España formaron con el imperio alemán un solo pueblo, gobernado por el inmortal Carlos V, se vieron muchos arranques de energía por este estilo en hijos del Patriarca de Guzmán. Entregados los españo-

les á la famosa conquista del territorio americano, se alistaron en el ejército de los conquistadores muchos aventureros, que no pocas veces, atendiendo sólo á sus intereses particulares, no tenían escrúpulo en oprimir á los naturales, que vivían ya sujetos al dominio español. Prescindiré por ahora de describir las luchas que hubieron de sostener los primeros Obispos del Cuzco (Perú), hijos del Convento de San Esteban de Salamanca, contra muchos capitanes y gobernadores españoles por sostener á todo trance la libertad de la Iglesia ¡Cuántas veces tuvieron que abandonar sus diócesis para reclamar en persona ante el mismo emperador Carlos V contra las injusticias de sus capitanes en el Nuevo Mundo! Pero lo que inmortaliza en este punto á la Orden de Santo Domingo, más aún que el influjo que ejerció sobre los reyes de España para que aceptasen la empresa de Colón, fué la heroica defensa que hizo Fr. Bartolomé de las Casas ante los reyes, los grandes y los sabios en favor de los pobres indios de América, á quienes se pretendía negar el derecho de hombres para utilizarlos exclusivamente en provecho propio.

Si de aquí pasamos á examinar las relaciones que mediaron entre la Orden Dominicana y los reyes y grandes del mundo, fácilmente descubriremos otro tanto. Aparte del extraordinario número de nobles que abandonaron los palacios reales para habitar en los claustros dominicanos de Alemania, Austria-Hungría, Italia, Francia, España y Portugal, aún hay mucho más. Concretándonos á nuestra nación, vemos desde luego numerosos conventos en cuya erección tuvieron parte nuestros reyes y no pocos conventos de monjas fundados bajo el patronato real y revestidos con el título y prerrogativas de reales. Y ciñéndonos á Salamanca, monumento es entre otros muchos de las relaciones íntimas que mediaron entre nuestros monarcas y la Orden de Predicadores el célebre Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Debida la construcción de su edificio á Juan II de Castilla, y elevado casi á la categoría de Señorío por Carlos V, fué declarada la Virgen de la Peña *Patrona de Orán* en tiempos de Felipe IV.

Del siglo XIII data también la construcción del convento dominicano de Peñafiel, donde se conserva el cuerpo de la B. Juana de Aza, madre de Santo Domingo. Fué obra de un infante de Castilla, que quiso mostrar su piedad hacia una Orden que había sido fundada por un pariente suyo.

¿Y cómo reducir á número las glorias que proviniéron á la Orden de sus relaciones con la Santa Sede? Un Vicario de Jesucristo ensalzó á la familia dominicana al poco tiempo de fundarse, llamándola *Orden de Predicadores*, cuando la predicación era patrimonio de los Obispos. Desde entonces, más de cuarenta Papas se ocuparon en glorificar con su testimonio la Orden de Predicadores, escribiendo á este propósito más de doscientas bulas en su favor. No me detendré á citar los privilegios en ellas otorgados, pues á más de ser esta tarea muy prolija, no da lugar á ello la extensión de que es capaz un artículo de nuestra Revista. Baste, pues, mencionar el cargo de Maestro del Sacro Palacio y el de Comisario del Santo Oficio, con que desde su fundación hasta el presente han honrado sin interrupción los Sumos Pontífices á la Orden Dominicana; y, sobre todo, el privilegio de rito propio, que incluye en sí un sin número de gracias particulares, y la concesión del rezo de más de doscientos religiosos de la Orden que murieron en olor de santidad.

Terminaremos esta ligera reseña diciendo que á más del glorioso título con que han ilustrado los Papas á la Orden de Santo Domingo llamándola repetidas veces *brazo derecho de la Iglesia*, es no menos digna de agradecimiento la confirmación del lema, que Luis de Baviera le dió en el siglo XIV, llamándola *Orden de la Verdad*. Finalmente, diremos que la Orden de Predicadores ha dado á la Iglesia más de mil quinientos Obispos, seiscientos Arzobispos, cincuenta Nuncios Apostólicos, treinta Patriarcas, ochenta y ocho Maestros del Sacro Palacio, sesenta y seis Cardenales y cuatro Sumos Pontífices. De estos últimos, uno está canonizado (San Pío V); de otros dos reza la Orden como si estuvieran beatificados (el B. Inocencio V y el B. Benedicto XI), y el cuarto es Venerable

(Benedicto XIII). Además ha tenido la Orden notables representantes en todos los Concilios Ecuménicos que desde su fundación en el siglo XIII ha celebrado la Iglesia. En el II Concilio de Lyon fué representada por el B. Alberto Magno y Pedro de Tarantasia, llamado más tarde Inocencio V, y más de treinta Obispos Dominicos; en los de Viena, Pisa y Constanza por numerosos Obispos y teólogos de la Orden; en el de Florencia por varios Obispos y el famoso P. Montenegro, que sostuvo todo el peso de las disputas teológicas que mediaron entre latinos y griegos; en el V de Letrán por el célebre Cardenal Cayetano y muchos Obispos; en el de Trento por más de veinte Obispos y gran número de teólogos, y entre ellos muchos de San Esteban de Salamanca; y finalmente, en el Concilio Vaticano por varios Obispos, entre ellos por el P. Blanco, Arzobispo de Valladolid, y el Cardenal Gil, Arzobispo de Zaragoza, á quien acudían los Padres siempre que encontraban alguna dificultad.

UN MODELO DE VIRTUD

(CONCLUSIÓN)

EN la última carta que Fr. Rafael escribió á su familia, se despedía de su hermano y de su cuñada con estas palabras: «Adiós, mi querido hermano; adiós querida Ernestina, *hasta que nos veamos en el Cielo, si es que ya no nos hemos de volver á encontrar en la tierra.* Yo ruego, para terminar, á Jesús que os dé su dulce bendición». Estas palabras nos dan á entender que nuestro novicio tenía claro presentimiento de su próxima muerte. Otro dato hay que nos lo confirma. La carta fué escrita en Salamanca el día 12 de Enero, llegó á París el 14, y sin embargo, tenía la fecha del 26, día en que ocurrió su preciosa muerte.

Al día siguiente de escribir la carta, se sintió ligeramente indispuerto y aunque al principio se atribuyó á un resfriado, se agravó luego de modo que por la tarde tuvo que guardar cama. Bien pronto los fuertes dolores de cabeza y de vientre, y otros varios sufrimientos, demostraron que la enfermedad

era una fiebre tifoidea. Sin embargo, los remedios enérgicos que se le aplicaron, detuvieron algo el curso de la enfermedad. Nadie creía que la gravedad llegara á un fatal extremo. Solamente Fr. Rafael lo esperaba y lo deseaba. Así se lo manifestó al R. P. Maestro: «Yo espero que por esta vez el buen Jesús y su dulce Madre tendrán piedad de mí y me llevarán consigo». — «Eso no es posible, le contestó con dulzura el Padre, porque no tenéis mi permiso y sin él no podréis entrar en el cielo». El discípulo humilde y obediente nada replicó, pero sonrió con dulzura, porque comprendía que el Divino Maestro le llamaba desde el cielo. No pudiendo rezar el oficio divino, tenía suma satisfacción en que alguno de los hermanos que acudían á visitarle recitase á su lado, y de modo que él lo oyese, el Oficio Parvo de la Virgen Santísima.

En medio de sus dolores no sabía de qué modo manifestar dignamente su agradecimiento por los cuidados y solicitud con que le asistían sus hermanos. Cuando algún novicio venía á verle y al despedirse le preguntaba si podía servirle en algo, él contestaba agradecido: «*Benedictus Deus; bendito sea Dios* (fórmula que en nuestra Orden equivale á *muchas gracias*), el mejor servicio que podéis prestarme es hacer una visita á la gruta de Nuestra Señora de Lourdes» (1).

En la noche del 19 al 20 se agravó la enfermedad con otra nueva complicación. El doliente cayó en un profundo sueño y esto que al principio se tomó por una buena señal, no era sino el letargo de la muerte. Cuando llegó el médico declaró que al tifus se había juntado una congestión cerebral y que la curación era imposible en lo humano. Entonces se convocó á la Comunidad, según lo mandan nuestras leyes, para administrar al enfermo los últimos sacramentos, y como no había que pensar en darle el viático por la falta de conocimiento, aquella misma tarde se le administró la Extrema Unción. Siempre es éste en nuestros conventos un espectáculo tierno y conmovedor; los religiosos, en dos filas, con velas en las manos se dirigen al dormitorio, recitando á media voz las preces del ritual; el Superior de la casa suele ser el que en estos casos administra por sí mismo los últimos auxi-

(1) Esta gruta está en un ángulo de la huerta, oculta entre acacias y rodeada de un pequeño jardín que cultivan los novicios. Aún hoy se conservan en perfecto estado la gruta y la imagen de la Virgen.

lios al moribundo. Mas en el caso presente se trataba de un religioso joven, piadosísimo y amable por todos conceptos; por eso la emoción que se reflejaba en todos los semblantes era muy intensa y las lágrimas asomaron á los ojos de muchos. En este instante una grata noticia corrió por las filas de religiosos reunidos ante la celda del paciente; éste acababa de recobrar el conocimiento, aunque no el uso de la palabra. El P. Prior, que á pesar de hallarse enfermo quiso administrarle por sí mismo los últimos Sacramentos, antes de darle la Santa Unción le exhortó á unirse con el corazón y con el espíritu á las ceremonias sagradas y, para saber si le entendía, le dijo al oído: «Si entendéis lo que os digo estrechadme la mano». Entonces Fr. Rafael, aunque no pudo articular palabra, estrechó la mano puesta entre las suyas. Pero pronto volvió á caer en su abatimiento y la Comunidad se retiró tristemente impresionada. Desde entonces todos empezaron á rezar con fervor el Rosario á la Virgen, para obtener la salud del enfermo. Al día siguiente muchos Padres ofrecieron por él la Santa Misa, los novicios comulgaron todos y muchos también pidieron al P. Maestro permiso para imponerse penitencias con el mismo fin. Dios y la Virgen debieron escuchar tantas oraciones. Después de misa conventual el virtuoso enfermo recobró el conocimiento, y, aunque todo su cuerpo estaba paralizado, su inteligencia gozaba de lucidez completa y su lengua podía articular palabras. Enseguida acudió á su lado el P. Maestro que, al entrar le saludó con estas palabras que tan dulces le sonaban al enfermo: *Tota pulcra es Maria; toda hermosa eres, María*, y al momento respondió Fr. Rafael con la sonrisa en los labios: *Et macula originalis non est in te; y en tí no hay mancha de pecado original.*—¿No es verdad que tenéis vivos deseos de recibir la sagrada Eucaristía?», añadió el P. Maestro, «¡Oh! sí, respondió con decisión, muchos; ya me parece que tardo». Pronto se vieron satisfechos sus deseos. Aquella misma mañana, que era sábado, día consagrado á María, se le administró el santo Viático. Eran las once y media y asistió como la tarde anterior toda la Comunidad; pero, si estaban tristes, no por eso dejaban todos de experimentar una santa alegría, porque conocían que la Virgen Santísima se había acordado de su fiel servidor y le había proporcionado el mayor consuelo que puede apetecerse en la hora de la muerte.

Por la tarde se aumentaron sus dolores. Los reactivos que había sido necesario aplicarle para que volviera de su letargo, le dejaron el cuerpo cubierto de llagas que le hacían sufrir horriblemente. Dios quiso que no quedara del todo privado de la gracia del martirio que tantas veces había pedido en sus oraciones. «¿Sufrís mucho?», le preguntaban á veces, y él respondía: «¡Oh! sí, pero es necesario sufrir algo para merecer el cielo». Como uno de los hermanos le recordase las penas que las almas sufren en el Purgatorio, contestó enseguida: «Sin duda alguna ellas sufren y más que yo; pero sufren por amor de Dios á quien ya no pueden perder». No pensaba más que en Dios, y en el cielo, ni hablaba si no de cosas de piedad y devoción, ofreciendo, á la vez, sus dolores por sus pecados, en unión de los sufrimientos de Jesucristo.

«¡Qué bueno es Dios!, exclamaba algunas veces. ¡Cuánto debemos amar á quien tanto nos ha amado y tan poco agradecimiento recibe, en pago, de nosotros!». El lunes por la noche advirtió que los novicios que le estaban velando rezaban el Oficio divino; al momento preguntó de qué santo rezaban, y respondiéndole que del B. Marcolino, dominico, pidió que le leyesen las lecciones del Breviario que son un compendio de la vida del bienaventurado de quien se reza. Le gustaba mucho que le sugiriesen pensamientos santos, jaculatorias y le recitasen las plegarias que tantas veces él repetía, ó sean la estrofa *María, mater gratiae*, el responso de santo Domingo *O spem miram*, el *Gloria Patri* y la antífona *Tota pulcra es María*. No cesaba de repetir estas invocaciones, y si alguno le preguntaba si le causaban fatiga, contestaba: «Un poco; pero ¡me hacen tanto bien!». Cuando la fuerza del dolor le privaba del sentido, bastaba hablarle de Dios y de la Virgen María para que al momento volviera en sí. En los dos últimos días de su enfermedad repetía con frecuencia: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*, y otras veces: *Laetamini in Domino et exultate justi*, con las cuales palabras expresaba á la vez el gran dolor que sentía por sus faltas y la firme esperanza que tenía en Dios, la cual le llenaba de santa alegría. También mostraba mucha devoción á Santa Teresa de Jesús, cuya imagen quería ver á menudo y siempre que tomaba alguna medicina preguntaba si la habían mezclado polvo del sepulcro de la Santa. Por la Virgen de Lourdes sentía una piedad y devo-

ción tiernísimas. Nunca soltaba, ni aun en los momentos del delirio, una imagen suya que estrechaba con la mano izquierda, la besaba con frecuencia y bastaba presentársela, para vencer la gran repugnancia que sentía hacia las medicinas. Pero sus amores más tiernos, sus afectos más encendidos eran para el divino Jesús nuestro Salvador. Ya hemos visto el esmero que él ponía siendo sacristán en arreglar el altar del oratorio del Noviciado y en visitar á Jesús Sacramentado. Durante la enfermedad todas sus ansias eran de recibirle por viático. El último sábado, hacia las siete, llamó al P. Maestro, diciendo: «Me había prometido venir después de la misa, para hacer conmigo la acción de gracias». Cuando hubo llegado, le dijo con expresión celestial: «Acercas más, Padre, que quiero respirar en vos el perfume de la santa Eucaristía». Y después añadía: «Decidme ahora algunas de esas palabras que yo tanto amo» y el Padre Maestro le repetía una y otra vez las invocaciones *María mater gratiae... Tota pulcra es María... Cor Jesu sacratissimum... Jesu mitis et humilis corde... etc.*

No pudieron cumplirse sus deseos de recibir una vez más la sagrada Eucaristía, por no permitirlo la enfermedad. El P. Maestro de Novicios le ayudaba á disponerse para el último trance. A veces le sugería aquellas palabras con que San Juan termina su Apocalipsis: *Veni, Domine Jesu; venid, Señor Jesús*, y le invitaba á que respondiese con el corazón; pues ya no podía con la lengua: *Noli tardare; no tardéis más.*

Al mediodía, al tocar el *Angelus*, lo rezaron los que le asistían y él les acompañó, moviendo sus labios, aunque sus palabras ya no se dejaban entender. A las seis y media de la tarde perdió el conocimiento. El P. Prior, que se hallaba también enfermo, dejó el lecho para ir á darle su último adiós. En un momento en que el agonizante pareció reanimarse algo, le preguntó al oído: «¿Estáis bien unido con Dios?» — «¡Oh! sí, bien unido», contestó él. «¿Y le amáis de todo corazón?» — «¡Oh! sí». No pudo responder ya otra palabra. Cerró los ojos y el respirar anhelante de la agonía comenzó á sentirse como un ruido sordo. A las diez llegaron los médicos, y viendo el estado agónico en que se hallaba, se retiraron diciendo: «Esto ha terminado; sólo resta encomendarle á Dios».

A las once empezó la recomendación del alma, y en tanto los religiosos no cesaban de orar junto á su lecho; uno de

ellos quiso despertar su devoción diciéndole al oído las jaculatorias: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía... Jesús, José y María, amparadme en la agonía... Jesús, José y María, recibidme en vuestra santa compañía». Viendo que la agonía adelantaba cada vez más, se convocó de nuevo á la Comunidad, para cantar la *Salve* junto al lecho de muerte. Es esta una práctica de nuestra Orden que trae origen del siglo XIII, de cuando el B. Sadoc y sus treinta y nueve compañeros mártires, en lugar de huir del furor de los tártaros, se reunieron en el coro á cantar la *Salve*, que fueron á terminar con los ángeles en el cielo. ¡Qué espectáculo es este tan tierno y tan conmovedor! Los religiosos se arrodillan todos en torno del lecho del moribundo, y en el instante que éste va á dejar este mundo, entonan, con voz entrecortada por los sollozos, ese canto triste como un lamento y tierno como la súplica de un niño, la *Salve Regina*, con que imploraran para aquel hermano que está en el último combate de la vida la poderosa protección de la Virgen Santísima, madre y abogada de los pecadores. La emoción que la primera vez se siente es indescriptible y jamás se borra de la memoria. Es este recuerdo un motivo de consuelo que atesora el religioso en su corazón para cuando vea aproximarse su última hora. ¡Cuántas veces había recordado este momento Fr. Rafael! Sin duda que la Virgen en sus últimos instantes le favoreció con celestiales consuelos, pues al llegar los religiosos á las palabras: *Et Jesum benedictum... mostranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre*, le vieron abrir los ojos, hasta entonces cerrados por la muerte, y elevarlos tiernamente hacia el cielo. Quizá entonces la divina Madre extendiese los brazos para recibir en ellos el alma de su devoto y trasportarla á las mansiones de la gloria. El acto se terminó con la oración y en tanto que por última vez le daban la absolución, Fr. Rafael, tranquilamente, como quien pasa de la vigilia al sueño, con toda paz y sosiego, «como el racimo maduro (para decirlo con sus mismas palabras) se acuesta sobre el tronco que lo sostiene, como la rosa marchita se inclina sobre su tallo», entregó su alma en manos de su Criador.

Cuando ocurrió su santa muerte, contaba Fr. Rafael veintiocho años, dos meses y siete días. Era próximamente la una de la mañana del día veintiseis de Enero de mil ochocientos ochenta y dos. Su cadáver, vestido como es costum-

bre, con los hábitos de la orden, fué expuesto en el oratorio del Noviciado, donde le hicieron guardia los religiosos, rezando el Salterio, hasta el día veintisiete en que fué llevado á la última morada. Sus hermanos y connovicios le lloraron como se llora á los santos, y adornaron su féretro con rosas y flores que significaban la inocencia y las virtudes que adornaron su alma bendita.

*
* *

Hace ya veintiocho años que murió Fr. Rafael y su memoria aún perdura acompañada de veneración en el Noviciado de San Esteban de Salamanca. Gracias á Dios no ha sido él la única flor que ha perfumado este místico jardín que es el plantel y la esperanza de nuestra Provincia de España. En todos los siglos se han formado en él muchos religiosos que han sido después luz del mundo y sal de la tierra. De ahí salieron aquellos grandes teólogos de la edad de oro de nuestra patria, aquellos celosos misioneros que evangelizaron el Nuevo Mundo, y aquellos mártires gloriosos que dieron su vida por la fe en América, Oceanía, Japón y en otras naciones gentiles, y ahí se han formado en días más recientes, después de la muerte de Fr. Rafael, otros santos religiosos (algunos murieron, como Fr. Rafael, en la flor de la juventud) de quienes hoy sólo tenemos noticia los que debiéramos reprocharnos nuestra pereza é incuria en dar á conocer al mundo nuestras glorias. Para todo religioso que ha pasado por el Noviciado de San Esteban de Salamanca, es su recuerdo como el de un oasis de paz, perfumado por las brisas místicas de todas las virtudes monásticas.

En este Noviciado hay una celda que se llama de *Santa María Magdalena*; es la primera del claustro superior: es la celda en que vivió Fr. Rafael Celestino Goulesque. Sobre la puerta aún se conserva una tira de papel con esta inscripción: *Laus Immaculatae*, allí puesta por el mismo Fr. Rafael como testimonio de su amor á María Inmaculada. Después que leí la vida de Fr. Rafael y, leyéndola derramé tiernas lágrimas arrancadas por la emoción, nunca pasé por delante de esta celda sin acordarme con veneración del que la habitó tan dignamente. Después he ido varias veces al Cementerio de Salamanca y ante la tumba que encierra sus venerables despojos, me he encomendado confiadamente á su protección.

Si algún día, queridos lectores, vais al Cementerio de Salamanca, paráos ante un humilde nicho, que está en el primer ángulo de la derecha, sobre el que leáis esta inscripción: *Propiedad de los PP. Dominicos Franceses*; entre los nombres que hay escritos sobre la cubierta está el de Fr. Rafael, y dentro descansan sus benditas cenizas. No paséis sin dedicarle un recuerdo de veneración.

Beati mortui qui in Domino moriuntur, bienaventurados los que mueren en el Señor.

DE PEÑA DE FRANCIA

LA Virgen Santísima parece tener predilección especial por las alturas. Casi todas las apariciones á sus devotos han tenido lugar sobre la cumbre de una montaña ó en el pico de algún elevado risco. Sin duda quiere mostrar con esto la inmensa altura en que la colocan sus atributos de Reina de los hombres y la solicitud y maternales cuidados con que vela por sus fieles devotos y por los pecadores como hijos á Ella encomendados. O acaso quiere apartar á los hombres de los cuidados y trabajos terrenos y atraerlos por algún tiempo hacia la soledad, acercarlos más al cielo, para que, meditando interiormente y examinando con sosiego las necesidades y flaquezas de su alma, pidan á Dios, por intercesión de María, el remedio de todas ellas.

Esto debió querer indicar la Virgen de la Peña de Francia á los hijos de la Sierra al tomar posesión de tan elevado risco. Porque difícilmente pudiera hallarse una eminencia más propia para ser trono de su grandeza, columna y escalabel de sus plantas, atalaya para contemplar á sus siervos y bendecir sus pueblos y haciendas, que este empinado risco que, cual gigante solitario, se alza sobre la llanura salmantina hasta una altura de unos mil metros, mil setecientos sobre el nivel del mar. Así lo han comprendido los serranos, y por eso la adoran y aclaman como á su excelsa Reina, por eso la bendicen, aman y suplican como á su tierna Madre, de cuyas manos esperan el remedio de todas sus necesidades. ¡Y con qué confianza acuden á los pies de María! Como á una madre cariñosa la cuentan todas sus penas, todas sus desgracias, todos sus *sentires y querereres*, como ellos dicen, espe-

rando firmemente que no dejará defraudadas sus esperanzas, ¡Qué ratos tan dulces y qué pláticas tan sabrosas he gozado yo con aquellos humildes aldeanos, con aquellos honrados labradores, que me confiaban sus deseos y sus pensamientos, después de haberlos derramado á los pies de la Virgen, con la ruda franqueza proverbial en los hijos de Castilla. «¿Qué le has pedido á la Virgen?»—pregunté en cierta ocasión á un joven de rostro moreno y rudos modales. Y él me contestó sin vacilar, pero con una sonrisa algo picaresca: «*Pus* que me quiera una muchacha de mi pueblo *mu güena* y *mu* trabajadora». Yo, comprendiendo el fondo de bondad y de cristiana honradez que estas palabras demostraban, estreché la mano del joven, diciendo: «Bien por tí, mozo; no todos piden como tú ayuda y consejo á tan buena Madre antes de dar ese paso de tanta trascendencia». Animado, sin duda, con mi aprobación, me cogió confiadamente de la mano, é introduciéndome de nuevo en el templo, me mostró con el dedo, diciéndo á la vez «aquélla es», á una joven y agraciada aldeana que estaba orando con otras muchas ante la imagen de la Virgen Santísima; quién sabe si la estaría haciendo alguna petición semejante á la que poco antes le había dirigido el mozo, su paisano... Así son estas gentes. Francos y nobles, manifiestan todos sus secretos á quien les inspira confianza y muestra interés por sus cosas; buenos cristianos, recatadamente honrados, no tienen en lo humano otros amores que el de la esposa y familia que Dios les dió, y el de la tierra, que riegan con sus sudores; parcós en sus aspiraciones, se contentan con que Dios y la Virgen les libren de males y les den una cosecha suficiente para tener pan durante todo el año; hospitalarios y misericordiosos, reparten generosamente con el huésped y con el pobre, que entran en sus casas, el bocado de pan que arrancan al avaro suelo. ¡Bendito sea Dios, que tanta honradez y tanta laboriosidad puso en el corazón del pueblo castellano! ¡Bendita sea la Virgen Santísima, que no ha permitido que lleguen á estas tierras los gritos de ambición, de concupiscencia y de rebeldía que asolan otras regiones! Si el mal llamado progreso moderno había de traer desordenadas codicias; si había de sembrar en estos pueblos aspiraciones imposibles de satisfacer; si había de arrancar del corazón de los serranos la religión y la paz, que sólo ella puede dar, bien se está por allá y gracias sean dadas á Dios porque de él los tiene libres. La feli-

cidad de que gozan en medio de sus trabajos bien vale la pena de seguir con sus viejas tradiciones, con sus rutinarios procedimientos.

Hoy que soplan en nuestra patria vientos de irreligión y de revueltas políticas; hoy que el odio á la Iglesia y á sus ministros ha trastornado las cabezas de nuestros gobernantes; en estos días, en que se cierne en el ambiente no sé qué de siniestro que nos hace presagiar ruda tormenta, he dirigido muchas veces los ojos hacia la llanura salmantina que, cual parda sábana, solamente manchada por algunos encinares, ante mí se dilata, y pensando en las gentes honradas y profundamente religiosas que la pueblan y cultivan, y pensando también en otras gentes, también honradas y profundamente cristianas de otras regiones de España, semejantes á ésta, he dicho dentro de mí: mientras se conserve en nuestras aldeas el amor á las viejas tradiciones, mientras no pierdan nuestros labradores la adhesión inquebrantable á las prácticas, usos y costumbres que recibieron de sus mayores, no hay miedo á que prosperen en España los planes de los impíos, ni á que arraigue la planta maldita de la irreligión en nuestro suelo. Esto he pedido á la Virgen de la Peña de Francia, y esto desearía yo que pidiesen con instancia los devotos que, durante el verano, suben aquellas alturas. Que, postrados ante su imagen, la rueguen que aparte de España las tempestades que la amenazan; que libre á las Ordenes religiosas de la persecución que las hacen hombres políticos tan faltos de religión como de patriotismo; que confunda los planes de los revolucionarios, anarquistas, masones y demás hombres perversos para nuestro daño coaligados; y conserve siempre en el pueblo la fe y la piedad cristianas.

X.

SECCION DE NOTICIAS

La cuestión religiosa en España. — Imponente y avasalladora ha sido la protesta que de todos los ámbitos de la Península se ha levantado contra los proyectos anticlericales del actual Gobierno. Los Obispos dirigieron al Presidente del Consejo de ministros dos manifiestos en que formulaban su más enérgica protesta, y al mismo tiempo le decían, sin faltarle al respeto, verdades como puños: que el pueblo no quiere la reducción de las Ordenes religiosas, que lo que pide el público anhelo es «paz y pan», disminución de contribuciones, mejoras agrícolas, etc., etcétera, y que las desatentadas reformas del señor Canalejas no servían

para otra cosa que para turbar las conciencias, alterar el orden y dar armas á la revolución. El Presidente del Consejo contestó á los señores Obispos con cuatro fórmulas que nada decían y dejan sin respuesta las razones alegadas por los Prelados. La protesta de éstos siguió la de miles de señoras católicas de todas las clases sociales, la de muchos importantes personajes de la aristocracia y de la política, la de todos los cabildos y párrocos, y numerosos mitins celebrados en casi todas las poblaciones importantes. Todas estas protestas tuvieron eco en el Senado, donde pronunciaron valientes y elocuentísimos discursos los señores Arzobispo de Zaragoza, Obispo de Madrid, Urquijo, Polo y Peirrolón y otros senadores católicos. El señor Canalejas se puso furioso y contestó echando la culpa de la protesta á los Obispos y quejándose de que algunas protestas del clero eran altamente injuriosas para él, sin molestarse en publicar ninguna de ellas para probar sus inculpaciones. Hizo repetidas declaraciones de que él era católico y el Gobierno guardaba á la Santa Sede toda suerte de respetos; pero pocos días después probó su falta de sinceridad, presentando en la Cámara la ley apellidada del *candado*, que prohíbe establecerse nuevas corporaciones religiosas, sin permiso del Gobierno. Esto manifiesta que el señor Canalejas está resuelto á obrar por sí mismo, sin atender las protestas de la Santa Sede, si los católicos españoles no se lo impiden.

Concesión Pontificia. Su Santidad Pío X se ha dignado conceder trescientos días de indulgencia á todos los fieles que al pasar por delante de un templo se descubran ó santigüen, manifestando su veneración á Jesús Sacramentado.

Curiosa elección. Dos Padres Franciscanos han sido elegidos concejales, uno en San Juan de Valdormo (Italia), y otro en Catalani, con permiso de sus Superiores. Los electores no se contentan con esto, y quieren que á toda costa sean alcaldes los dichos Padres.

La muerte de un justo. Poco há celebraba en Marsella el LX aniversario de la ordenación sacerdotal el virtuosísimo abate Federico Michel. Habían acudido á felicitarle el señor Obispo, todo el clero de la ciudad y gran multitud de pueblo. Después de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, el festejado dirigió á la concurrencia una sentida plática, terminando con estas palabras: «Hoy es el día más feliz de toda mi vida». Luego ocultó la cabeza entre las manos y se quedó inmóvil. Al quererle despertar vieron con admiración que estaba muerto. ¡Dichoso él y dichosos todos los que mueren en el Señor!

En la Peña de Francia. Como todos los años, en éste se celebrarán con un novenario, y en el día de la fiesta misa solemne, sermón y procesión las fiestas de Santo Domingo (4 de Agosto) y la de la Natividad de la Virgen. El día 3 de Agosto se celebrará un funeral solemne por los cofrades de la Virgen que hayan fallecido durante el año, y por los mismos se aplicarán todas las misas que en este día se celebren en el Santuario. Por la tarde, habrá vísperas cantadas, y por la noche, la gran hoguera anunciará á los pueblos de muchas leguas á la redonda los cultos del día siguiente. La novena á la Virgen empezará el día 30 de Agosto, y durante ella pueden ganar los cofrades indulgencia plenaria, siete años y siete cuarentenas, mas otras muchas indulgencias parciales concedidas por varios señores Obispos por visitar cualquiera capilla ú oratorio, rogando á intención del Romano Pontífice.

SALAMANCA. — Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado